

# Zombie Queen

Eduard Thost



# Capítulo 1

Una bella mujer, cuya vestidura era entre hermosa y aterradora, su rostro putrefacto pero con una lindura única, es tapada con la máscara representativa de la muerte y la resurrección. Su extensa y gran vestido es adornado con brazos y cabezas susurrantes. Está sentada sobre un trono dotado de divinidad maliciosa, y el poder de hacer surgir de entre los muertos a los vástagos de la humanidad, que se le fue concebido por el mismísimo ser de la oscuridad, Edhortehm.

Yace esplendorosa, mirando al infinito con la mirada llena de lujuria.

El gran trono emite unos sonidos, cual trompetas anunciando algo. Ella parpadea, y los torturados abren sus ojos y gritan a su alrededor. Son muchos e infinito es el dolor. Se regocijan ante la presencia de la damisela.

Ocho seres esqueléticos se acercan de entre los pecadores, y levantan el gran trono, este aun dando sus sonoras trompetadas. Los pies de estos seres pasan por sobre las cabezas del suelo corrompido, y crujen o revientan dejando grandes cantidades de sangre y restos de cráneos.

Caminan hasta la cima de una gran piedra, colocan el trono en el suelo ya no corrompido y ella se levanta, baja las escaleras y se para frente al gran paisaje en tonos rojizos.

Edhortehm está ahí, con su forma más espectral. Grandes bocas, en total 10, aúllan mientras su cuerpo infinitamente gigante se levanta. La reina zombie alza los brazos y lo alaba. Sus plebeyos y demás seres hacen lo mismo dedicándole grandes y sabrosas plegarias...

## Capítulo 2

### **El Enviado**

Aquella mujer tenía preparado algo muy aberrante, sutil y averno.

Preparó a uno de los plebeyos que yacían arrodillados frente a ella, mientras levantaban y bajaban los brazos hacia Edhorteim, lo miró inquisitiva, tomó su cabeza y lo miró.

El lloraba, sus ojos desprendían un intenso sentimiento de dolor y súplica. Un vacío irreconocible en el iris de sus ojos, mientras que el blanco que lo debía rodear, simplemente se tiñó de rojo.

Lloraba con dolor, mucho dolor, el cual excitaba a la Reina. Levantó sus dedos y los introdujo sobre los ojos del sufrido. Hundió las yemas de los dedos e hizo que estos estallaran dentro de las cuencas, el globo ocular quedo solo en una pequeña tela transparente con líquido que escurría de este.

El dolor fue tanto que el grito hizo que su garganta explotara en su interior, y el sonido que emitía podía ser confundido con un leve gorgorito. La sangre por los tres hoyos de su rostro, ojos y boca, brotaba a grandes chorros.

Luego metió sus dedos dentro de la boca y arrancó la lengua lanzándolo al suelo con repugnancia.

Mandó a sus cuatro acompañantes esqueléticos a traer una silla hecha de huesos de antiguos enviados, e hizo que se sentara.

Tomaría un tiempo. Estaba consciente de eso, pero lo haría.

Amarró unas espinas alrededor del cuerpo pegado al asiento, la carne putrefacta se abría con las espigas, dejando muchas aberturas sangrantes alrededor del sujeto desnudo.

Entonces lo envió, levantando su mirada oscura hacia el cielo rojizo...

## Capítulo 3

Navegación bajo la Luna Roja

## Capítulo 4

I

La excéntrica fiesta había empezado como evento especial en el crucero. Mujeres vestidas a la antigua, hombres con elegantísimos trajes de siglos pasados, y todos con máscaras.

Una vez empezado, Thabie regresó a su cuarto y se sentó sobre su cama. Sus hijos dormían en otras recámaras.

Alguien toca la puerta.

—Thab, mi amor puedo pasar

Ella solo quería meditar sobre lo ocurrido hace un momento, era ya realmente desesperante no saber cómo reaccionar en estos casos.

—Por favor, tenemos que hablar...

— ¡No, así que lárgate!

El silencio por un momento pareció inquietante, las olas chocaban con el gran barco haciendo unos sonidos muy típicos.

Ella se paró y salió, vio a los ojos de su marido y dijo: —Terminamos.

Esa simple palabra, la cual salió muy improvisada pero directa, resonó en todo el pasillo. Caminó a su derecha sin mirar atrás. Esperaba que él le gritara y le rogara, pero no. Lo conocía desde hace mucho, y sabía muy bien que en cualquiera que hubiera sido el caso, no hubiera hecho nada. Era así, un simple y estúpido orgulloso.

Mientras tanto, en la fiesta se escondía algo muy sutil, una sensación de horror combinado con la alegría y la euforia de la gente. Todos vestían a la antigua, mujeres con vestidos llamativos y máscaras brillantes, mientras que los hombres con trajes elegantes.

Sobre la noche llena de sentimientos encontrados, el secreto que las estrellas y en especial la luna guardaba en su semblante eran muchos, algunos buenos y risueños mientras que otros, eran la trágica pesadilla de la humanidad. Se hacían presentes aún más sobre el mar.

Sería innecesario pensar que algo pasaría aquella noche, lóbrega. Sin embargo las parejas empezaron con sus pasos dando vueltas y siguiendo el ritmo con sus zapatos e ignorando el hecho de que estaban en peligro. Thabie se sentó en la escalerilla que daba al centro de la pista de baile.

Una pareja de jóvenes tomados de la mano corrieron por su costado subiendo. Supuso que estaban ebrios por la forma en que reían, y que tendrían sexo en alguna parte del crucero.

Mientras cientos y cientos de personas bailaban sin parar, Thab advirtió desde las ventanillas, que la luna era roja. No estaba pintada de la blancura que siempre alumbraba en las noches, esta vez era roja, como si intentara anunciar algo.

—Thab que sucede.

Anunció alguien, el baile paró por un momento y esta vez las personas

descansaban en asientos distribuidos por diversos lugares del salón, habían todavía quienes seguían bailando, y los que sobraban se acercaban al buffet para degustar de lo que había sobre la mesa.

Se volvió y miró a una señora maquillada, su rostro era más claro que el cuello y eso le daba un toque grotesco.

—Nada Martha.

—Sé que nos conocimos hace dos días, pero ahora eres mi amiga y puedes confiar en mí.

Era verdad, aquella mujer se le acercó mientras subían al crucero y charlaron un momento, de ahí se convirtió en la única persona con quien socializaba en todo el crucero, a diferencia de su esposo que...

—Te conté que mi esposo me engañó dos veces—ella afirmó con la cabeza—pensé que esta sería una manera de empezar de nuevo, de fortalecer el amor de familia. Pero no fue así. Hace un momento lo encontré en otro camarote, con tres mujeres.

Thab quebró en llanto, no podía resistir.

—Ya—la apoyó sobre su hombro—ya pasará. Pero que le dijiste.

Entre lágrimas dijo—Que terminamos, oh dios—intentaba ponerse fuerte pero no lo lograba—Mis hijos, me preocupan mis hijos.

Martha suspiró, su pecho robusto se levantó con la respiración y volvió a su lugar.

—Thab eso no importa, sé que tus hijos estarán contigo, no tienes que preocuparte por ello.

Ella se limpió las lágrimas, logró que el maquillaje no estropeará en su totalidad.

—Creo que fue lo mejor.

—Sí, es lo mejor. Ahora solo debes preparar el divorcio.

“Como si fuera algo fácil”

## Capítulo 5

II

Emil yacía pensativo alado de los camarotes de sus hijos.

No podía creer que Thabie terminara con él. No quería aceptarlo, todos los momentos junto a ella y sus hijos, en especial cuando nacieron. No quería.

De sus ojos empezaron a brotar lágrimas de una culpa, culpa que al poco rato desaparecería mientras una mujer caminaba en dirección a él y empezó a besarlo.

—Que pasó—dijo ella en tono lascivo—te comió la lengua el gato.

—Queras decir una gata.

Ella sonrió y empezó nuevamente a besarlo acariciando su cabello. Emil poco a poco bajaba las manos de su cintura a su trasero prominente. Ella se sacó la máscara y se desabrocho el vestido, el cual era apretado en específicas partes. Emil pasó de su boca al cuello y bajó aún más hacía sus pechos, la respiración se empezó a combinar con los gemidos de ella.

“Acaso esto es mejor que una familia”, pensó, “Por favor Dios, dime que esto no es gustoso. No puedes negarlo”

Las manos de aquella dama se posaron por sobre sus testículo y empezó a acariciarlos.

Entonces, de entre el acto y los toques seductores, escuchó la voz inocente: — ¿Papá?

## Capítulo 6

III

Las personas ahora tomaron sus teléfonos y empezaron a chatear o hacer llamadas. Esto es el fin. Ya nada es como antes y eso pensaría con la suficiente conciencia moral si ella fuera diferente a ellos, Thabie también tenía sus adictivas aplicaciones dentro de su móvil.

—Bueno, creo que ya está un poco mejor—dijo ella en tono sofocado por el calor, tomó su abanico y empezó a moverlo.

—Gracias, no sabes cuánto me has ayudado en estos dos días...

—Ni lo digas, eh pero alégrate, estas soltera.

La luna roja brillaba ahora con más intensidad, era como avistar a lo lejos una mancha de sangre embadurnada en el vasto cielo oscuro y dimensional.

—Se les comunica desde la cabina que hay algunos desvaríos, por favor no se preocupen si hay algún movimiento o sacudida—anunciaba una voz desde los parlantes y la música siguió en el mismo nivel de sonido.

La gente siguió con lo suyo.

—Creo que iré a comer algo, sabes. Desde el mediodía que muero de hambre. Todo por el inútil de mi marido—Thab sonrió, puesto que su marido era un viejo que intentaba ser algún tipo de galante—Así me gusta, vez. Sonríe, tienes una sonrisa muy hermosa—aclaró—ah, bueno. Te espero en la mesa.

Se levantó y caminó con los apretados tacones blancos.

Observó de manera panorámica, y entonces escuchó un pequeño sonido muy agudo y luego gritos, al parecer de la cabina.

Algunos alzaron la mirada al techo y otros comentaban.

Lo que se oía era desgarrador, el hombre que hace un momento les había hablado ahora gritaba, y al parecer golpeaba a sus compañeros.

Luego se cortó y soltó un estridente chirrido. Este era tan agudo que se tuvieron que tapar los oídos cayendo de rodillas.

Las luces se apagaron y todo quedó oscuro hasta que las de emergencia se encendieron, estas con menos luminosidad. Todos hablaban, que



estaba sucediendo, que pasó...

Una mujer recibió una llamada y al contestar se quedó mirando a la nada, otros también recibían llamadas o las hacían por los nervios, mientras que los que llevaban audífonos también quedaron igual. Petrificados.

Nadie los tocó, pero decidieron alejarse de los que yacían de esa manera. Eran muy pocos los que no estaban con sus móviles, y entre ellos estaba Thabie.

Cuando dieron unos pasos, las personas que yacían quietas empezaron a agitarse violentamente, una señora gritó desde más allá y empezó todo.

Thab se levantó y subió las escaleras hacia la puerta quedaba con el pasillo.

Antes de cruzar el umbral, volvió a mirar. Ésta vez casi todos enloquecían, se golpeaban contra las paredes, se golpeaban entre sí, se daban mordiscos arrancando la carne de los cuerpos. Martha estaba en una esquina del salón, rodeada de varios hombres que alzaban sus brazos ensangrentados en dirección a ella. Lo último que vio en sus labios fue la palabra "corre", y los hombres la atacaron con voraces mordidas.

## Capítulo 7

IV

—¿Hija...que haces aquí?—preguntó mientras se abrochaba la camisa y se acomodaba el pantalón.

—Dónde está mamá, quiero a mamá.

Olga empezó a lagrimear.

—Creo que fue un mal momento—comentó la mujer arreglándose el vestido por sobre los hombros.

—No, no no...—se acercó a la pequeña y se arrodilló—Olga quiero que regreses con tu hermano, yo voy a llamar a tu mamá.

La pequeña la miró con algo de incertidumbre que se confundía con su tristeza,—¿me lo prometes?—dijo Olga aferrándose a su pijama.

—Sí, ahora ve.

Ella regresó con paso lento y cerró la puerta, Emil la tomó del brazo y trató de llevarla al baño, ahí lo harían sin problema alguno. Sin embargo algo sacudió al gran barco y las luces parpadearon por un instante.

—¿Qué fue eso?—preguntó la mujer.

— No lo sé, debe haber sido...

Entonces escucharon gritos provenientes desde el salón, y luego pasos de personas que corrían presurosas. Los dos se quedaron quietos. Solo cuando su segundo hijo gritó algo hacia ellos el silencio se rompió.

—¡Maldita perrai

La mujer se volvió para quedar en shock por las palabras que decía aquel niño que debía tener tan solo ocho años.

—Que acabas de decir Marlom.

—Que ella es una maldita perra, una estúpida malparida.

—De dónde aprendiste a decir eso—preguntó Emil, eufórico.

—No importa, eso no importa, claro. Como siempre te ocupas de tus

jodidos amigos y tus putas baratas.

—¡DEJA DE HABLARME ASÍ!—gritó Emil dándole una bofetada en el rostro de Marlom. Era suave, como los glúteos de un bebé.

—Eh, Emil cálmate por favor, algo sucede allí afuera.

—NO, EL DEBE APRENDER QUE ESTO ESTA MAL, no puede faltarme el respeto.

Cuando estaba a punto de tomarlo del brazo y llevarlo a la fuerza hacia el camarote, fueron interrumpidos por la presencia de Thabie, que corría con los zapatos en la mano.

—¿Que sucede Thab?

—Cierra el hocico y no toques a mi hijo—se lo quitó de las manos—quien es esta, una de tus perras.

—Oh, veo de donde aprendió a decir tales cosas—respondió la mujer.

—Eso no importa, ahora lo que importa es escapar de aquí.

—Y eso por.

—Mira estúpida, que no estés al tanto de lo que pase a tu alrededor perdiendo el tiempo con inútiles como este no es mi problema, entérate por ti sola. Ve, y disfruta del show.

—Pero que es lo que pasó—preguntó Emil.

—No lo sé, las personas se volvieron locas, unas golpeaban a otras, las mordían, era un infierno.

—Hablas en serio, que hacemos aquí, pueden entrar en cualquier momento.

—No, atranqué la puerta y no pueden pasar, por lo pronto.

Thabie miró a la mujer y luego a su ex marido, —Dios, no podías encontrar algo mejor —comentó mientras entró al camarote de sus hijos y despertó a Olga.

En el puerto, dos días después

Mientras en el puerto pesquero principal de las Islas Bajas, los

trabajadores hacían su rutina de labores.

A lo lejos avistaron un barco gigantesco, nadie le llamó la atención puesto que a veces llegaban barcos de tal tamaño, los cuales dejaban cargamentos.

Sin embargo, aquel barco no era de esos, estaba quemado y, por su forma, era un crucero. Algunos pescadores tomaron sus botes y se alejaron del lugar, otros, esperaban a que aquel barco llegara.

El perfil tomaba más altura mientras llegaba, pronto cruzó las redes y llegó a la orilla, arrastrándose y paró.

Las personas acudieron con escaleras, puesto que el barco estaba totalmente quemado, pensando que habían personas atrapadas o dañadas.

No pensaban que algo malo pasaría, fueron muy incredulos.

## Capítulo 8

V

Los niños estaban confundidos y no entendían lo que sucedía. La mujer, que en un momento trató de seducir a su padre, discutía afuera y caminaba de un lado a otro.

—Olga, cariño despierta—la niña abrió los ojos, que al parecer, según el brillo y las mejillas mojadas, habría estado llorando.

—Mami que sucede...

De pronto una sacudida, las luces parpadearon y varias cosas cayeron.

— Debemos salir de aquí— agregó Thabie— Olga, necesito que seas fuerte por favor—la niña gimoteó.

Su hermano yacía en una esquina observando lo que sucedía.

Al poco rato, Thabie tomó unas cosas en una mochila, sábanas, mantas, algo de comida y agua. Tomó a los niños de las manos y salieron, otra sacudida.

—Bien—dijo Emil— ahora qué.

—Debemos salir afuera y tomar los botes salvavidas para escapar de aquí.

—Lo dices como si fuera algo fácil—comento la otra mujer.

—¿Tienes otra mejor idea?

—Sí, llamar a...

—A quien— retó Thab—¿ A la policía, a la marina?, no me hagas reír. Además, observé que las personas que tenían teléfonos y esos aparatos, se convirtieron al instante.

—Estás de broma— respondió la mujer y tomó el teléfono de su cartera, marcó el número de la policía, que era el que tenía en ese momento, y se lo puso en el oído. El tono de espera sonó hasta que se cortó emitiendo un ruido muy agudo, y de fondo unos susurros parecidos al de una mujer.

Emil advirtió su mirada y preguntó—¿Estás bien?

El celular cayó al suelo,—No papá, no lo hagas, soy una niña buena—decía en voz baja, los labios le temblaban y lloraba. Miró a Emil y gritó. Los niños se espantaron y se escondieron tras su madre.

La mujer corrió en dirección a Emil y se lanzó sobre él. Emil la detenía con las manos mientras ella realizaba mordiscos al aire, chocando los dientes desesperadamente y babeando.

Thabie tomó un florero de su costado, y se lo lanzó. La mujer retrocedió tambaleando, tropezó con su taco y cayó dentro del camarote, se apoyó con su mano en el marco y se levantaba. Thab tomó la manija de la puerta y cuando el cuello de la mujer quedó en el umbral, jaló con fuerza y repetía una y otra vez. El golpe era un chasquido de la carne desgarrándose con la sangre combinado con los gritos de la mujer. Al final, su cuello quedó partido a la mitad, mostrando gran parte del hueso y los nervios colgando.

Los niños lloraban abrazados y Emil se quedó atónito ante tal escena.

—Vamos—dijo Thab y le lanzó la mochila a Emil. Antes de agarrar a los niños, se rasgó el vestido y se cambió los tacos por unas zapatillas.

El plan era salir afuera pero cruzando por la cocina, aquellas cosas estaban en el salón principal caminando o tal vez comiendo. Thabie sacó el fierro de la puerta, y con él, armó a Emil para que guiara. Él aceptó, no quedaba otra cosa que hacer.

Caminaron con sigilo y quebraron a la izquierda, por el vidrio de la puerta se lograba avistar la gente, pero no caminando ni comiendo, sino, dormidos. Mas no echados, simplemente yacían ahí parados con los ojos cerrados y emitiendo ruidosas respiraciones agitadas.

Siguieron el recorrido hasta llegar a la puerta de la cocina, dentro el cocinero levaba atravesado un cuchillo en la cabeza y estaba tirado en el suelo.

—¿Niños están bien?—preguntó Thab mientras los miraba fijamente a los ojos. Ellos afirmaron con la cabeza, pero en ese momento no estaban seguros de lo que era estar bien.

—Al otro lado hay una puerta que conduce directamente con la piscina, ahí encontraremos algunos botes—dijo Emil, alzando el fierro.

—Niños, necesito que sean fuertes, está bien. Si nos atacan, escóndanse en un lugar seguro.

Emil empujó la puerta con su mano, caminó y examinó cualquier peligro.

No había nada.

—Sígueme.

Cruzaron. A su alrededor habían utensilios, ollas y otras cosas. El cuerpo del chef yacía tirado cerca a la puerta trasera. Pasaron sobre él y llegaron al otro lado preguntándose, ¿dónde estaba el asesino del chef?

En el exterior

Unas escaleras se alzaban frente a ellos, a los costados había dos puertas. Siguieron el recorrido, oyendo los truenos a lo lejos, acercándose peligrosamente. La primera puerta estaba entreabierta, y había una mujer con un cuchillo de carnicero en el vientre.

De la segunda, se esparcía un gran charco de sangre que brotaba de algo.

—Hay alguien ahí—susurró Emil señalando con el dedo—caminemos si hacer ruido.

Los niños estaban sin zapatos, sin embargo Thab se quitó los suyos y los cargó en la mano. Se movieron intentando no hacer ruido alguno, en esos momentos, hasta la respiración más agitada era un jarrón de vidrio cayendo al suelo. El sudor empapaba el cuerpo de Emil, quien tomó su corbata cuidadosamente y se la aflojó. Llegaron al primer escalón, luego al segundo y al tercero...Cuando ya estaban por la mitad, Olga soltó una pequeña bola de cristal que tenía en el bolsillo y cayó. Los golpes en cada escalón era una llamada para aquello que estuviera ahí oculto. Rodó y quedó a los pies de la mujer en el piso

El silencio reino por un instante, Emil, ahora último en la fila, trataba de ver si algo se acercaba a ellos. Al parecer no había nadie, señaló hacia la puerta y subieron. Antes de llegar, oyeron arrastrarse un pedazo de fierro a sus espaldas.

Se volvieron y un hombre, con traje de mozo, se acercaba a ellos desde la oscuridad, y lo que tenía en las manos no era un fierro, era un hacha.

—¡Corran!—gritó Emil, recordando que a veces creía no gritar eso como en las absurdas películas de terror, es que, es tan absurdo...

La criatura emitió un gorgoteo y gritó con la garganta ronca. Saltaron escalón por escalón, la idea de que podrían caer por un tropiezo y ser asesinados hacía temblar las piernas en cada pisada.

Abrieron la puerta y salieron disparados al exterior.



## Capítulo 9

VI

Hace dos años los recién casados dormían en un lujoso departamento como luna de miel, en las playas del Lunterke. Ahí todo era perfecto, el paisaje veraniego con las típicas palmeras. Nada podía salir mal en su relación.

Tuvieron a Olga y a Marlom años antes, sin embargo, no pudieron casarse por la falta de dinero. Emil trabajaba como obrero de una fábrica, pero fue ascendido cuando, en una noche de copas, su jefe embarazó a dos mujeres, ellas fueron a reclamarle a su jefe. Tiempo después pidió a Emil que lo acompañase a hacer algo. Pensaba que sería una de sus otras fiestas o lo que hacía, de ahí su manía de estar con mujeres. Sin embargo, supo que era algo peor. Había pagado para hacer abortar a esas dos mujeres, las cuales, tres meses después fallecieron.

La razón no fue por una mala práctica, sino, entraron en depresión por la pérdida de aquellos niños, luego, se suicidaron ahorcándose cada una en su propia casa.

Emil pidió un buen pago por no divulgar la noticia, y en especial, no decir nada a la esposa de su jefe. Desde entonces, se casaron, se separaron una vez y luego regresaron. Una semana antes de los sucesos presentes, el jefe de Emil le dio unos boletos familiares para irse a un crucero junto a su familia.

Pero todo ya estaba marchito, solo una maldición sería capaz de unirlos de nuevo, y sucedió.

## Capítulo 10

La huída de la Isla Muerte

## Capítulo 11

I

Emil atrancó la puerta con una silla plegable cerca a la piscina. El lugar estaba vacío, unas mesas, sombrillas y demás. Las olas no paraban de agitar el barco, sintió la necesidad de saltar al agua y morir.

Un altavoz sonó al interior de la cabina, y desde donde estaban, otros altavoces le siguieron como una reacción en cadena. El cielo estaba iluminado de rojo, y no había estrellas. Aquel mozo rompía la puerta con el hacha y las astillas volaron hasta los pies de ellos.

El barco se llenó de la bulla de los altavoces, y por debajo de los pies, sentían que las personas que se encontraban en el salón de baile, se acercaban dando tumbos.

Emil gritó que se dirigieran hacía los botes salvavidas que se encontraban cerca de las mesas. Corrieron con las manos en los oídos, y los saltaron con los botes. Emil, con la mochila pesada, se resbaló y cayó al suelo.

Thab al verlo, no sabía qué hacer. La puerta solo resistiría unos golpes más para que aquellas cosas salieran. Emil no se levantaba y sangraba de la ceja. Thabie tomó la decisión que, al parecer, momentos antes no la hubiera tomado. Corrió hacia él, la puerta cayó al piso y se desparramó en varios trozos de madera, las criaturas se amontonaron y los siguieron. Thabie cargó a Emil mientras él se levantaba temblorosamente, caminaban con paso ligero y se lanzaron del barco hacia el agua.

Los niños tomaron uno de los remos y se movieron hacia donde habían caído. Las criaturas también se lanzaban, pero ninguna podía nadar y se hundían en el agua, mientras que sus ojos rojos y centellantes se apagaban.

El barco ardía en llamas por la cabina y toda la parte delantera.

La familia se alejaba en el bote, habían tomado un bote mediano, lo cual era bueno, vieron debajo de la tela, y había una gran caja con diversos suministros. Lo malo era, cómo llegar a tierra firme.

## Capítulo 12

II

No sabían que llegarían tan rápido, pero sucedió.

Cuando la noche ya desaparecía para amanecer, las expareja conversaban en como llegarían a algún lugar. Sin embargo había algo de esperanza.

Desde donde habían partido en el crucero, quedaba un puerto pesquero. Pero no sabían exactamente en qué lugar. Los niños dormían bajo la tela del bote. El sol se asomaba a lo lejos del mar. Entonces vieron una pequeña silueta, algo oscuro.

Cuando el sol terminó de asomarse, una isla tomó forma. Rápidamente agarraron unos remos y empezaron a navegar. Los pequeños se despertaron por el movimiento.

Después de media hora, llegaron a aquel lugar. La arena estaba caliente, jalaban el bote hacia la superficie y descansaron un poco. Unas gaviotas volaban en el cielo.

Thabie recordó exactamente como pasó todo antes de ser rescatados. Antes de hallar la cosa más horrible sacada desde el mismo averno.

Thabie y Emil armaron la tienda que encontraron en el bote, sus hijos aún tenían sueño y la pequeña Olga lloraba. Sus padres hicieron que los dos durmieran, lo consiguieron, pero ahora debían hacer lo que habían planeado. La frondosa selva se extendía hasta el otro lado de la isla, sin embargo primero vieron si se podía rodear la isla. Era imposible, había rocas y el mar se agitaba temerosamente.

Y es así que, con un machete y unas dos linternas se adentraron. Según lo que recuerda, aquello transmitía una sensación de miedo y odio. No habían hablado de su rompimiento todo ese tiempo, pero acaso era necesario. Claro que no, tampoco importante en esa situación. Estaban ante algo que desconocían.

Recorrieron un sinfín de caminos, pero en cada árbol que pasaban amarraban una pita y lo pintaban con tiza blanca. Subieron una gran cuesta. Desde allí el recorrido se volvió misterioso.

Las paredes de aquella subida estaban dibujadas, había símbolos y criaturas antropomorfas. Ninguna conocida por ellos, ni de mitología griega o egipcia u otra. Siguieron hasta llegar a lo más alto. Descansaron un momento mientras miraban la carpa a lo lejos, en la orilla del mar.

Entonces escucharon un grito gutural. Venía desde la cima de la pequeña montaña. Corrieron para ver que era. Sin embargo no esperaban que sería lo último que recordarán.

Escalaron con fuerza, y al llegar a tocar el final, se asomaron.

Para su sorpresa, una silla grande se centraba en el lugar. Y en ella, estaba una cosa que debía ser humana, pero, no tenía ojos. Y estaba envuelto con espinas. A su alrededor aparecieron criaturas parecidas a perros, pero sin cabeza. En vez de ella, era una burbuja roja y transparente. Todo estaba hecho de carne roja, y líquido de color rojo, era sangre.

Regresaron presurosos, corrieron, se tropezaron y se golpeaban a cada rato. Siguieron el camino marcado. Y luego un sonido a lo lejos se oyó. Era un barco, que se aproximaba. Corrieron con más prisa. El dolor era algo que no existía en aquel momento, lograron salir.

El barco se hallaba a una distancia corta, así que tomaron a sus hijos y los pusieron en el bote. Luego todo era borroso. Solo recordaba el mar, el barco acercándose. Ellos siendo llevados a salvo a algún lugar. Después, nada. Solo dormían.

## Capítulo 13

Mediodía, En el puerto dos días después

I

Ya habían pasado tres horas desde que el barco llegó. Las puertas para poder entrar estaban cerradas desde adentro y no se lograba moverlas. Entonces rodearon el barco, y al ver una entrada en la piscina, escalaron con dificultad y llegaron.

— ¿Crees que esta mierda funcione si la arreglamos?—preguntó Rick, un hombre gordo, que llevaba siempre una graciosa gorra azul. Los dientes amarillos por masticar tabaco, y sudoroso.

—No lo sé—Afirmó Lance a su costado, —Y para que quieres arreglarla.

—Eso que te importa,....

Los hombres tenían linternas, por lo que alumbraron la entrada hacia el interior. Un olor nauseabundo empezó a salir del lugar. Se taparon la boca y la nariz con sus ropas. Bajaron escalón por escalón y, mientras buscaban insistentemente el interruptor de la luz, oyeron gemidos desde una de las puertas del pasadizo.

La búsqueda fue inútil, puesto que no había energía en el barco. Siguieron el recorrido, esta vez habían rastros de sangre, con un montón de moscas volando a su alrededor. El gemido de aquella mujer se hacía cada vez más audible. Pero ahora no solo había gemidos, eran respiraciones acuosas. Abrieron puerta por puerta asomándose, todo desordenado y casi carbonizado. Uno de los hombres tropezó con un juguete tirado en el suelo.

Al final del pasillo, se hallaba una puerta blanca con una ventana circular. La abrieron, los gemidos y respiraciones venían de allí, la oscuridad parecía más atrapante, las linternas reflejaban poca luminosidad, y sus cuerpos estaban ya muy tensos y sudorosos.

Nada, un montón de platos y utensilios de cocina. Un lavabo de aluminio mohoso.

Los gemidos llegaban de algún sitio cerca, buscaron, en donde guardaban las carnes, en el depósito. Hasta que se toparon con otra entrada, estaba abierta, empero habían telas rojas a su alrededor y floreros con plantas marchitas.

Siguieron, esta vez el olor era demasiado fuerte. Uno de los que iba al último vomitó. Estaban en un salón gigantesco, al parecer debió ser hermoso cuando estaba intacto. Los gemidos ya estaban muy cerca. Caminaron, cuando alumbraron un bulto cerca de las mesas, una mujer montándose a un tipo. Gemían. La escena parecía sacada de alguna película porno barata. La mujer llevaba un traje negro lustroso y al ser descubierta paró de moverse, y se levantó. El hombre hizo lo mismo con el pene colgándole. Tomaron en cuenta que ellos no eran normales, no por que estuvieran teniendo sexo en cualquier lugar, simplemente porque su carne estaba expuesta, y sangraban. Parecían leprosos.

—Señorita—llamó uno de los hombres— ¿Está usted bien?

La mujer emitió lo que debía ser una risa, pero más era un quejido ronco. Y gritó con la boca abierta, mostrándole su lengua podrida llena de gusanos blancos alimentándose de ella.

Empezaron a aparecer varias de esas cosas, acercándose a ellos. Luego corrieron, los primeros que encabezaban la fila al inicio, fueron atrapados. Y los últimos se salvaron.

La mujer dejó de gritar y tomó al hombre a su costado, lo besó mientras acariciaba su pene con unos dedos casi esqueléticos.

## Capítulo 14

II

Desde afuera, se oían gritos y rugidos provenientes del barco.

— ¿Acaso hay animales dentro del barco?, que carajos está pasando—exclamó Rick mirando el barco.

Lance se quedó callado, esperaban que fueran animales. Luego, los gritos de los pescadores se mezclaron con aquellos grotescos sonidos. Y cuando el sonido se empezó a sentir más cerca, cuerpos de hombres caían desde gran altura y se golpeaban en la arena. Lance corrió en su rescate.

—Que paso, que había adentro.

El pescador gemía y lloraba, se había torcido la muñeca. —Tenemos que huir, hay algo horrible adentro, son cosas...eran humanos ahora son...cosas, muerto que caminan.

—Deja de hablar estupideces, no me digas que son, ¿zombies?, ¿muertos vivientes?

—NO, son algo peor. Parecen venir de otro mundo.

Ahora los hombres corrían, excepto Rick. Lance se quedó detrás de él.

Cuando se asomaron esas cosas desde lo alto, Rick se colocó la mano en la frente. —¿Qué mierd..

Y saltaron. Había cuerpos putrefactos moviéndose, arrastrándose, deslizándose como serpientes para atrapar a sus presas. Algunos lograban pararse y correr, pero cuando lo hacían caían al suelo rompiéndose las piernas.

Uno estaba muy cerca de Rick, y le aplastó la cabeza con su bota. El sonido al romperse el cráneo fue como un chillido dentro de aquella cabeza, y como romper una maseta. Un líquido blanco se esparció y ensució su bota. Mientras tanto, otras criaturas se movían muy cerca de ellos.

— ¡Tenemos que irnos!—gritó Lance jalando a Rick del brazo. Entonces, mientras se voltearon, algo salió del cráneo totalmente destrozado de aquella cosa. Un pequeño parásito con patas de color verde se movía hacia ellos, en su cabeza tenía varias membranas con un hoyo y varias cuchillas filudas, el cual debía ser su boca. Se subió por la pierna de Rick, pero él la sacudió y la lanzó al suelo, al ver que se retorció la pisó. Esta



vez sus botas quedaron totalmente embarradas en líquidos no humanos.

La gente del pueblo que quedaba cerca al puerto, miraban desde las ventanas de sus casas o en las calles, que los hombres corrían desesperadamente y gritaban que escaparan antes que llegaran.

Como siempre, las personas quedaron totalmente confundidas. A lo lejos veían llegar una horda de personas caminando lentamente.

## Capítulo 15

Tres días después del naufragio

I

Thabie despertó. Su vista estaba borrosa y pasaba de un lugar a otro. Su estómago le dolía y sentía los labios resecaos y la saliva ácida. Cuando por fin podía ver con claridad, advirtió el techo blanco. Estaba con los brazos adoloridos, y en estos, había pequeños algodones donde estaban las heridas para el suero. Estaba en un hospital, pero no sabía en dónde. Nunca visitó un hospital desde la última vez que Emil tuvo un accidente.

En ese momento se acordó de todo lo que había pasado, de las personas que se mordían y se golpeaban, de la cosa que vieron en la isla.

Se levantó de la cama y se puso unas pantuflas que había debajo. La cabeza empezó a latirle, caminó hacia la puerta para salir, pero entonces se detuvo. Se dio cuenta de algo inquietante.

No había nadie en el hospital desde que se levantó. No escuchó a nadie caminando desde el exterior, o niños gritando o personas hablando. Se quedó con la mano en la perilla de la puerta. El viento le entraba por las aberturas de la bata azul que llevaba puesta.

Regresó hacia donde estaba su cama y busco su ropa. Estaba sobre una repisa, al verla, no sabía si ponérsela o no. Estaba manchada de sangre, además, no podría salir con vestido. Lo dejó donde estaba y esta vez abrió la puerta. La perilla giró haciendo un chasquido, lo habían cerrado desde adentro. ¿Cómo si no había nadie con Thabie?

Tal vez pusieron el seguro por adentro y luego cerraron la puerta. Literalmente eso ya no importaba. Antes de salir, se volvió para ver la ventana. Las cortinas estaban cerradas, así que dejó la puerta como estaba y caminó de nuevo hacia adentro. La luz penetraba el cristal y daba con el piso liso blanco como el mármol.

Al ver hacia afuera, solo había un muro de ladrillos frente a ella y un callejón sin salida.

Realmente es muy extraño, no solo el hospital parece un desierto, las calles están vacías. A menos que estemos en un pueblo inusual donde los habitantes son más tranquilos de lo común, esto ya daba demasiado miedo.

## Capítulo 16

### II

Afuera, las casas seguían en pie, algunos coches se quedaron en medio de las vías y había periódicos en el suelo. Un perro cruzó la gran avenida del pueblo, trotando se acercó a una pequeña ave que yacía en el suelo. Tal vez tenía hambre y buscaba algo de comer, desde aquel acontecimiento en el pueblo de Trustyor, ubicado en las islas bajas del país peninsular de San José, todo ha cambiado.

Y lo que es más estúpido, es que las autoridades se encargaron de la mejor forma posible, poner en cuarentena el lugar. El presidente de San José, Thomer Beronoski, se enteró horas después de que el barco llegó al puerto. Y lo único que logró hacer fue mandar a un montón de militares y científicos a que cercaran cada frontera del pueblo. De hecho, el pueblo es un muy extenso, por lo cual fue difícil salvar a las personas que quedaron atrapadas.

Una de aquellas personas fue del señor Thomas Lonverdi, dueño de una tienda. Recuerda muy bien aquella noche, aquella noche lóbrega y dueña de sus pesadillas. En la salida del pueblo, donde hay un gran muro y una puerta gigantesca, fue rodeada de cercos eléctricos, pero había otra pequeña, por el cual cruzaban las personas. Desde lo alto se podía avistar un montón de soldados apuntando hacia el tumulto de abajo y helicópteros que alumbraban como naves extraterrestres. Una de esas personas era su familia, se empujaban, gritaban porque les abran la puerta y les dejen salir.

Entonces, un supuesto general, viejo y barbudo, tomó el altavoz y dijo: —Bien, cálmense por favor, estamos haciendo lo posible para que todos puedan salir, pero para eso, necesito que muestren sus boletas amarillas.

Las personas siguieron gritando y empujándose, hasta que se oyó un disparo. El estruendo combinado con el olor de la pólvora hizo que las personas se calmaran.

—Bueno—volvió hablar el general—levanten sus boletas amarillas.

Se refería a unas hojas amarillas casi transparentes que fueron selladas por científicos que llegaron a cada familia o persona antes que la infección llegara a ocupar todo Trustyor, hasta ese momento, la gente creía que aquello no era algo serio. No le tomaron importancia, pero aun así, algunos se inscribieron. Thomas preguntó a la doctora para que servía eso, ella les explicó, con aire paciente y comprensivo, que ayudaría a los militares a recoger personas que ya han sido inscritas y examinadas con antelación. La doctora se llamaba Lisa Norton, y parecía ser muy joven y

buena, y mucho más en su trabajo. Recordó, también, que llegó a la puerta de un hombre borracho y machista, y solo por molestarlo en un juego de cartas que tenía aquella mañana, estuvo a punto de ahorcarla. De no haber sido por Thomas que escuchó el griterío y de la policía, que se hallaba cuidando a cada personal, ella estaría muerta. Aquel hombre era muy peligroso, y no se hubiera detenido si Thomas le hubiera golpeado en el vientre y empujarlo al suelo. Ella le agradeció, y le prometió que haría lo que sea posible para compensárselo.

Thomas levanto el suyo, junto con otras personas.

—Ahora, pasen hacia el portón—dijo, dejando a un lado el altavoz.

Mientras se abría camino con su esposa y sus dos hijas de 6 años, una mujer se les acercó suplicante.

— Por favor, llévense a mi niño— rogó, mostrándonos a un pequeño de no más de cuatro años.

Thomas miró a su mujer dudoso, le querían ayudar, de no ser que en el documento amarillo decía que solo eran dos niños y dos adultos,

—No podemos—aclaró su esposa Linda—realmente lo siento mucho.

Entonces siguieron caminando, escuchando como la mujer empezaba a llorar y gritar “por favor”.

Cruzaron el cerco eléctrico, la cinta de seguridad y Llegaron a la puerta, y cinco militares revisaban el papel.

Avanzaban poco a poco, mientras nuevamente la gente gritaba y hacía escándalo. Entonces, se escuchó un rugido, como la de un dinosaurio, pero más agudo. Todos empezaron a alterarse más y preguntarse qué era eso. Solo faltaban dos familias más...una, y ahora ellos entregaron su documento.

El rugido se escuchaba más cerca, y antes de que abrieran la puerta para que ellos ingresaran, alguien llamó desde el otro lado, el militar que los atendía afirmó con la cabeza y dijo: —Por el momento solo quedan espacio para tres personas en el último helicóptero disponible.

— ¿¡Qué!?! Tengo a mi familia aquí esperando, y me dice eso.

—Pueden esperar al próximo helicóptero, y respetando el orden, esta familia debe entrar primero, pero solo tres personas.

—Yo me quedo, llévelas a ellas—habló Thom.

—No, de que estás hablando Thom—dijo su esposa—Podemos esperar otro helicóptero.

—Papá por favor, ven con nosotras.

—Princesas—habló con tono tierno—ustedes vayan, yo esperare el próximo y nos encontraremos en ese lugar.

—Pero Thomas...—intentó parar a Thom de su decisión, pero calló apretando los labios.

—No, confíen en mi—dijo, dándole un beso a ella y a sus hijas—Me quedaré, no se preocupen por mí.

Linda se mordió los labios, —Está bien—dijo. Les abrieron la puerta y cruzaron.

—Mi amor, cuídalas... cuídate —gritó Thom, y su esposa le sonrió.

El rugido no se había escuchado por un pequeño momento hasta que una sombra alada paso por el cielo oscuro. La gente gritó y empezó a empujar y golpear a los militares en el cerco eléctrico, estos tomaron su escudo y empujaron con más fuerza, luego golpearon con aquella barra oscura a las personas.

Thom estaba cansado, la cabeza le dolía, pero su familia ya estaba bien. Sin embargo, no era del todo cierto. Aquella cosa alada, era una de las tantas criaturas que apareció junto con la llegada de la infección. Y como el vuelo empezaba a despegar, la criatura se movía de un lado a otro amenazando en ir contra la nave.

Allí, empezó todo.

Anteriormente, el pueblo se había convertido en un nido de cosas que aparecieron de la nada, y una extraña enfermedad que hacía de los humanos criaturas nocturnas.

Y entonces, mientras a lo lejos se acercaba una horda de humanos controlados por la más sangría y arpía reina, en el cielo, del cual empezó a formarse nubes oscuras, varias sombras aladas empezaron a volar en círculos. La lluvia empezaba a caer sobre todas las personas, y los relámpagos dejaban ver la horrible imagen de las criaturas aladas que cada vez aumentaban en número y formaban un tipo de remolino. Lo último que vio Thom fue el helicóptero elevándose en el cielo, y mientras

ya se alejaba del lugar con un paisaje aterrador y apocalíptico, Thom decidió regresar al Pueblo. ¿Por qué?, bien sabía que aquel conjunto de criaturas no eran la únicas acechando a la gente, veía a lo lejos, pequeños rastros de luces como antorchas. Y antes de poder alejarse del lugar, advirtió que esta vez había relámpagos. Inesperadamente uno de ellos le cayó al helicóptero donde iba si esposa y sus hijas, las hélices se rompieron y se prendió de fuego.

Luego, todo es borroso. Solo recuerda caer de rodillas y escuchar un extraño estruendo, luego disparos y el pueblo corriendo despavorido. Reaccionó al ver a aquellos sujetos con los ojos rojos, caminando en hordas monstruosas y caníbales. Y se escondió debajo de uno de los cadáveres tirados en el suelo.

Las puertas hacia el exterior fueron cerradas, y las sombras aladas ya no se hallaban en el lugar.

Esperó a que aquellas cosas se comieran a los sobrevivientes restantes, y se llevaran gran parte de los cuerpos fallecidos. Pero entre el chasquido de los dientes desgarrando la carne, escuchó un lloriqueo. Era el niño de aquella mujer que les rogó porque se lo llevaran, tres hombres se acercaban a él, mientras Thom contemplaba tal escena desgarradora, se tapó la boca para no vomitar. Le arrancaban los órganos sin que el pequeño dejara de gritar, y cuando no tenía aire ni sonido que emitir, solo se agitaba violentamente con los ojos fijos al cielo, tal vez pensando en la familia que no los quiso ayudar, tal vez pensando en si entrará al cielo. Mientras lo hacía, de su boca se escurría gran cantidad de sangre, mezclada con el gorgoteo de su garganta. Luego murió.

Cuando amaneció, Thom despertó con las moscas disfrutando del festín que dejaron. Se levantó, y ahora solo había silencio, un silencio que afirmaba su teoría en el cual se basaba que el silencio representaba una muerte plena de la conciencia, aquel día se dio cuenta que no solo fue la conciencia la que dejó de existir.

Caminó con las manos temblándole, no quería recordar lo que había sucedido la noche anterior. Caminó y caminó hasta parar en algún lugar. La vía era extensa, y a los costados solo había gigantescos árboles que descansaban al son del silencio. Tenía visiones del helicóptero cayendo en algún lugar al otro lado del pueblo. Debía ir allí..., tenía que estar seguro de que estaban muertos.

Caminó y caminó hasta dar con un pequeño parque, el cual se extendía hasta dar con el pueblo comercial de Trustyor, allí se ubicaba la gran avenida.

Miró a su alrededor, confundido y sin saber en dónde estaba. Observó a aquel perro, algo grande y gordo. Debería estar flaco, o eso creía Thom.

Pero no era así, solo habían pasado unos días desde que la enfermedad se hizo viral. Para Thom, el tiempo parecía haberse adelantado. El perro lo miró y cogió al ave con su hocico, lo trajo hacia él y lo puso en sus pies y se sentó sobre sus patas traseras, sacando la lengua. Thom lo miró atónito, y lo acarició.

—Cómetelo tú, yo buscaré otra cosa

Y el perro tomo al ave y se lo devoró, nuevamente lo acarició pensando "Buen chico..."

## Capítulo 17

III

Berzéc era un tipo delgado y muy novato en todo para su edad, 27 años, y aún así fue uno de los que sobrevivió a tal catástrofe. Trabajaba en una tienda, la tienda del señor Thom. El día del mensaje al pueblo sobre la aparición de una extraña enfermedad que convertía a las personas a tener una vida nocturna y alimentarse de carne humana. Fue a visitar a su madre al hospital. Mientras la miraba por última vez, antes de desconectarla, se informó por la televisión que un grupo de pescadores de la zona fueron testigos de la aparición en el mar de un crucero que se dio por perdido tres días antes, y que luego, entraron para investigar sin saber las consecuencias que acarrearían sus actos.

Luego de eso, el doctor se le acercó y le comunicó que su madre no tenía salvación, o la tenían en estado vegetal, o la desconectaban. Como naturalmente se hacía, el optó por desconectarla.

Mientras se encaminaba hacia el cuarto de su madre, tomó el ascensor y presionó el botón hacia el piso 4. Y mientras la puerta se cerraba, advirtió que una mujer empezó a tener un ataque en plena sala de espera.

Subió con impaciencia. Aparte de la sensación de tristeza, advirtió algo. Abajo ocurría algo muy extraño.

La puerta del ascensor se abrió con el monótono tintineo, respiró tranquilo. La impaciencia no había sido producto de la enfermedad de su madre, simplemente tenía miedo de quedarse atrapado en el ascensor, algo así como la claustrofobia.

Caminó por el pasillo, y miraba por las ventanas a las enfermeras atendiendo a cada paciente, el ascensor se cerró solo detrás de él. Él se volvió y confirmó que no había nadie allí. Siguió sus pasos, hasta que, de una ventana de la cual la cortina se hallaba cerrada, escuchó un gruñido. Berzéc se acercó cauteloso, vio por un pequeño orificio, y una mujer extendió su mano golpeando la ventana, estaba con sangre. La cortina se abrió, y un hombre le mordía el cuello desde atrás mientras le jalaba el pelo.

Berzéc cayó al suelo, y trato de gritar, pero su garganta se había cerrado.